

aparecer sino tres días después de la revolución: este hombre que debía ser en las comisiones el defensor de los oprimidos, los ha abandonado hace seis semanas para venir á calumniarlos mientras que sufrían por la patria.»

«¡Eso es, eso es!» exclamaron en todas partes.

«¡Ah, si yo quisiera, siguió Tallien, retratar todos los actos de opresión que han tenido lugar, probaría que en el tiempo en que Robespierre ha estado encargado de la policía general, ha sido cuando se han cometido!»

Robespierre se lanzó indignado al lado de Tallien. «Es falso, exclamó estendiendo la mano; yo....» El tumulto cortó de nuevo la frase y desarmó á Robespierre aun de su valor. Mas irritado de la injusticia que desconcertado por el número de sus enemigos, bajó precipitadamente los escalones de la tribuna, subió las gradas de la Montaña y se lanzó en medio de sus antiguos amigos; los apostrofa echándoles en cara su defección, y les suplica que le concedan la palabra. Todos á los que se dirigió volvieron la cabeza.—«Retírate de estos bancos, de donde la sombra de Danton y de Camilo Desmoulins te rechazan, le dijeron los montañeses.—¿Es, pues, á Danton á quien queréis vengar?» respondió Robespierre como herido de admiración y de remordimientos. Los bancos que se le niegan fué la única respuesta de la Montaña. Bajó al centro, y dirigiéndose con aspecto suplicante á los restos de la Gironda, «¡Pues bien! les dijo, á vosotros, hombres puros, vengo á pedir os un asilo, y no á esos tanantes,» señalando con el gesto á los Fouché, Bourdon y Legendre.» Al decir estas palabras se sentó en un sitio vacío en un banco del centro. «Miserable! le dijeron los girondinos, ese era el sitio de Vergniaud.» Al nombre de Vergniaud, Robespierre se levantó de pronto y se separó con espanto.

Proscrito de todos los partidos se refugió de nuevo en la tribuna, se dirigió con ira al presidente enseñándole el puño. «¡Presidente de asesinos! le dijo con

una voz que se ahogó por la última vez, ¿quieres concederme la palabra? — A su tiempo la obtendrás» le respondió Thuriot, á quien Collot de Herbois acababa de ceder la presidencia.—No, no, no,» responden á la vez los conjurados decididos á herir sin oírlo. Robespierre se obstinó en hablar; el estruendo lo sumerge y no deja oír mas que amargos alaridos: no se ve mas que gestos sucesivamente suplicantes ó amenazadores, no pudiéndose entender ninguna palabra. La voz de Robespierre se enronqueció y se estinguió á la vez. «La sangre de Danton te ahoga» le dijo Garnier del Aube, amigo y compañero de Danton. Esta palabra acabó con Robespierre. La voz desconocida de un representante oscuro, llamado Louchet, hizo estallar en fin el grito que contenían todas las bocas y que nadie se atrevía á pronunciar: «¡Pido, exclamó Louchet, el decreto de prisión contra Robespierre!»

XVIII.

Lo grande de la resolución, el peligro exterior y el largo respeto, paralizaron por un momento á la Convención. Parecía que atentando á la persona de Robespierre se atentaba á la magestad y á la divinidad del pueblo: el silencio precedió á la explosión; la asamblea dudaba; los conjurados conocían el peligro, cuando algunas palmadas salidas de los bancos de la Montaña dieron la señal de los aplausos á la proposición de Louchet. Aquellas palmadas se prolongaron, crecieron y estallaron al fin en un largo y unánime aplauso.

En aquel momento un jóven se levantó á pesar de los esfuerzos de sus colegas que lo retuvieron por el frac. Era Robespierre el menor, inocente, estimado y puro de los crímenes de tiranía achacados á su sangre. «¡Soy

tan culpable como mi hermano, dijo el jóven con un aspecto que desdenaba las súplicas y rehusaba la indulgencia. He participado de sus virtudes y quiero compartir su suerte!» Algunas exclamaciones de admiración y de piedad respondieron á aquel sacrificio fraternal. La masa indiferente ó impacientada, aceptó el sacrificio sin honrarlo aun con su atención.

Robespierre se esforzó por hablar de nuevo, no por él, sino por su hermano. «Acepto mi sentencia; he merecido vuestro odio; pero sea por crimen ó por virtud, él no es culpable en lo que vosotros castigais en mí.» Un rencor obstinado de pisadas é invectivas sordas le respondieron. Se volvió en vano tan pronto hácia el presidente, tan pronto hácia la Montaña, como tan pronto hácia el centro para obtener el derecho de defender á su hermano. Temian su voz, desconfiaban de una emoción y temian la naturaleza.

«Presidente, exclamó Davaul, ¿será posible que un hombre se haga dueño de la Convencion?—Ya lo ha sido demasiado tiempo», dijo una voz. «Que duro de dominar es un tirano!» exclamó en fin Freron á la manera de un leñador que descarga el hacha en un árbol. Esta palabra y esta acción pareció arrancar á Robespierre de la tribuna y sublevar la Convencion. «A la votación, á la cárcel.» Este deseo general hizo violencia á la fingida longanimidad del presidente. La prisión se votó por unanimidad. Todos los diputados se levantaron gritando ¡Viva la república!—¿La república? exclamó con ironía Robespierre, es perdida, porque los pícaros triunfan!» y bajó con los brazos cruzados al pie de la tribuna.

Lebas que estaba sentado al lado del jóven Robespierre, se levantó y se separó generosamente de los perseguidores de su amigo. «No he querido, dijo, participar del oprobio de este decreto, ¡pido la prisión para mí mismo!»

Se concedió á Lebas la muerte que pedía, comprendiéndolo en el decreto que ordenaba la prisión de los dos Robespierre, Couthon y Saint-Just. Barrere, instrumento impasible y mecánico de la Convencion, redactó de prisa los decretos contra sus colegas del día anterior.

Mientras que Barrere escribía, «¡Ciudadanos! dijo Freron para no dejar adormecer la ira de la Convencion, ¡ahora es cuando la patria y la libertad van á salir de su ruina! ¡Se quería formar un triunvirato que hubiese recordado las proscripciones de Sila! Los triunviros Robespierre, Couthon y Saint-Just, querian formar con nuestros cadáveres la escalera para subir al trono!.....— ¡Yo aspirar al trono, respondió con melancólica ironía Couthon, levantando la capa que le cubria y señalando sus piernas paralíticas!»

Collot subió al sillón de la presidencia: «¡Ciudadanos, dijo, acabais de salvar á la patria! La patria cuyo seno estaba destrozado no os ha hablado en vano. Se decía que era necesario renovar contra vosotros otro 31 de mayo...»

«¡Mientes!» exclamó Robespierre desde el pie de la tribuna. A estas palabras que la Convencion aparentó tomar como un insulto, los gritos de la Montaña se redoblaron. Los ugieres titubearon en coger á Robespierre retenidos por la costumbre de respetarlo. El resistió á sus intimaciones y los gendarmes lo asieron por un brazo y lo sacaron con sus coacusados. Robespierre marchó como un combatiente animado aun por el calor del combate, Saint-Just como un discípulo orgulloso en participar de la suerte de su maestro; Couthon, como una víctima ya mutilada, y los otros dos como inocentes que aceptaban voluntariamente la pena del crimen por no faltar á sus doctrinas y á sus amigos. Silenciosos y degradados de su rango de representantes, los obligaron á la vista de las tribunas á oír las prolongadas declamaciones de Collot de Herbois y las felicitaciones que su caída arrancaba á las bocas de sus antiguos aduladores. A las tres se levantó

la sesión, los gendarmes condujeron á los acusados por medio de la plaza del Carrousel al palacio de Brionne, á donde se reunía la comisión de seguridad general. Multitud de espectadores y de diputados se precipitaron detrás de ellos para contemplar aquel juego de la fortuna. Los dos Robespierre iban cogidos del brazo en señal de una indivisible amistad aun en la muerte, delante de todos. Saint-Just y Lebas los seguían tranquilos y tristes, y dos gendarmes llevaban á Couthon en una silla. Los sarcasmos, las risotadas y las maldiciones los acompañaban.

XIX.

Al mismo tiempo, un convoy de carretas que contenía cuarenta y cinco sentenciados salía del patio del palacio y se dirigía por el arrabal de San Antonio hácia el cadalso. Algunos amigos de aquellos sentenciados y algunos generosos ciudadanos, sabiendo que la Convencion acababa de libertarse, y creyendo que la clemencia iba á salir por sí misma de la destruccion de la tiranía, seguían á las carretas y las hicieron volver á los gritos de *iperdont* que el pueblo repitió. Henriot, para quien la continuacion del terror era la señal del poder, llegó á caballo con un grupo de sus satélites, dispersó á sablazos á los compasivos ciudadanos, é hizo consumir el suplicio.

El día anterior, sesenta y dos cabezas cayeron entre el primer discurso de Robespierre y su caída. En este número estaba la de Roucher, autor del *poema de los Meses*, aquellos *Fastos* franceses, y la del jóven poeta Andrés Chenier, la esperanza entonces y despues el duelo eterno de la poesía francesa. Aquellos dos poetas iban sentados al lado uno de otro en una misma tabla, con las manos atadas á la espalda. Iban hablando con calma del otro mundo y con desden del que iban á dejar: separa-

ban la vista de aquel tropel de esclavos, recitaban inmortales versos y mostraron la firmeza de Sócrates. Solamente Andrés Chenier, ya sobre el cadalso, dándose un golpe en la frente contra un pilar de la guillotina. «¡Es lástima, dijo, yo tenía algo aquí!» Unica y dolorosa queja del destino que sentía, no la vida, sino el genio segado antes de tiempo. La Francia, como Ofelia, la loca de Shakspeare arrancaba de su cabeza y arrojaba en la sangre los florones de su propia corona.